

Artículo escrito como el primero de una serie sobre la institucionalización de la ciencia argentina, que no tuvo continuidad.

LA INSTITUCIONALIZACIÓN DE LA CIENCIA ARGENTINA EL PENSAMIENTO DE BERNARDO A. HOUSSAY

Cuando se analiza el pensamiento latinoamericano y particularmente argentino acerca de las relaciones entre la ciencia y la tecnología con el desarrollo económico y social de las sociedades en la que se insertan, se estudia a quienes fueron sus críticos, dejando de lado a quienes dieron forma a los sistemas de ciencia y técnica de nuestros países. En el presente artículo, se expone el ideario del Dr. Bernardo A. Houssay, quien fuera uno de los máximos propulsores de la ciencia en Argentina, y el iniciador de las instituciones la promueven, marcando con su impronta al sistema científico-tecnológico prácticamente hasta nuestros días. Conocerlo es esencial para situarse frente a su evolución histórica.

La existencia de organismos de fomento a la investigación se debe a la labor incansable del Dr. Bernardo A. Houssay en pro de la ciencia y la tecnología en el país, como una consecuencia natural de que considerara “que la jerarquía y el poderío de una nación dependen en grado fundamental de su desarrollo científico y técnico en perpetua evolución. De la investigación científica dependen la salud, el bienestar, la riqueza, el poder y hasta la independencia de las naciones. Su desarrollo nos permitirá sobrevivir y progresar en medio de una competencia mundial en que triunfan los que tienen mejores y más numerosos hombres de ciencia y técnicos y les proporcionen medios para que trabajen bien e intensamente”

El primero de ellos fue la Asociación Argentina para el Progreso de las Ciencias. La historia de su creación es por demás curiosa, pues se debió a la reacción que provocó en los científicos de la época las palabras del senador Serrey, quien para justificar un proyecto de ley sostuvo en 1933 que “no hay en nuestro país quienes se dediquen exclusivamente a estudiar la filosofía y a investigar la Ciencia y a transmitir a sus alumnos el resultado de sus estudios o investigaciones”. Houssay, para demostrar que esto no es así, puesto que la ciencia argentina contaba con científicos relevantes, y merecía ser estimulada, impulsa la creación de la Asociación, a fin de difundir la labor de los científicos argentinos y promover la ciencia en el país mediante becas, premios y subsidios a la investigación.

Cuando al año siguiente se celebran los veinticinco años de Houssay como profesor titular, el entonces presidente de la nación, General Agustín P. Justo asiste a la ceremonia y escucha el discurso lleno de proyectos que éste pronuncia. A fin de que pudiera concretar sus iniciativas, hace sancionar una ley que destina un millón de pesos a la constitución de un fondo permanente que sería manejado por la recién fundada Asociación, y cuyos intereses se destinarían fundamentalmente a becas para investigadores noveles y subsidios para investigaciones originales.

Hasta 1962, la Asociación acordó 48 becas externas, 142 internas y 120 subsidios, seleccionados y asistidos personalmente en sus avances por el Dr. Houssay; otorgó premios a la investigación, como el Juana Petrocchi, el Daniel Goytía y el George Papanicolau; a partir de 1945 publicó la revista Ciencia e Investigación, y el Acta Physiologica Latino Americana, órgano de la Asociación Latinoamericana de Ciencias Fisiológicas.¹

Comenzaban a tomar cuerpo las ideas de Houssay acerca de la promoción de la ciencia. Las mismas, reiteradas en todos sus escritos, son de una gran sencillez:

i. es necesaria la existencia de investigadores de tiempo completo; hacia los años treinta, apenas un puñado de profesores universitarios podían dedicarse por entero a la investigación -entre los que se contaba el mismo Houssay-. Sin investigadores, insistía Houssay, la enseñanza es dogmática, poco creativa, y sin dedicación exclusiva, la investigación es deficiente;

ii. la remuneración de los investigadores -y de sus ayudantes- debía ser suficiente; “para protegerlos de la miseria o la estrechez pecuniaria y de las distracciones profesionales que han hecho desviar a muchos hombres sobresalientes”; de lo contrario, practicaríamos una selección al revés, por la cual espantaríamos a los mejores elementos de la investigación, o los obligaríamos a no tener hijos, por no poder mantenerlos, si optan por dedicarse a la ciencia;

iii. deben otorgarse becas de perfeccionamiento “a los que ya han demostrado capacidad y enviarlos a trabajar con investigadores sobresalientes. A su vuelta deben tener asegurada una posición y medios de trabajo, con un sueldo suficiente. Si no se llenan esas condiciones, se malgasta el dinero, se cultiva y consolida la mediocridad y se crean desadaptados sociales”;²

iv. deben propiciarse institutos de investigación, donde los científicos “especializados en diversas ramas de ciencias afines trabajan con dedicación exclusiva en la investigación y la docencia, entendiendo que si falta una cualquiera de las condiciones citadas, no hay un verdadero Instituto. Un instituto debe tener los recursos necesarios, sin que sean demasiado grandes, pues en este último caso devoran el tiempo la administración y el cuidado del presupuesto. El Instituto debe ser lo más pequeño posible, pero suficiente para trabajar bien, de modo tal que el Director pueda conocer todo lo que se hace en él.”

v. los institutos “deben disponer de una biblioteca, cuyo valor se apreciará por su actividad y no por su tamaño”.

¹Houssay, Bernardo. “Pasado y futuro de la Asociación Argentina para el Progreso de las Ciencias y su papel en el adelanto de la Argentina”. En: Ciencia e Investigación, 20, No. 2, 82-86, 1964.

²Houssay, Bernardo. “Obstáculos y estímulo a la investigación científica”. En: *Ciencia y Técnica*. 127, No. 639, 183-193. 1959.

La preocupación de Houssay por el bienestar económico de los investigadores lo llevó a preocuparse de que existieran créditos hipotecarios para que pudieran adquirir su vivienda, ya que la ciencia no es una actividad que brinda fortunas.

Hombre de la universidad, cuando esboza este programa minimalista de política científica, lo hace pensando en sus profesores, ya que piensa que es imposible la separación entre docencia e investigación. Creía que si ésto ocurría, la enseñanza no pasaba de ser rutinaria, dada a la grandilocuencia, y que sólo el investigador puede tener juicio propio sobre lo que enseña y revisarlo continuamente, estimulando a los jóvenes a los que se dirige.³

A partir de 1955, reintegrado a la Facultad de Medicina de Buenos Aires, asiste a la puesta en marcha de sus ideas cuando el entonces rector, Dr. Risieri Frondizi, da un decidido apoyo a la investigación creando plazas de tiempo completo, otorgando becas, y promoviendo la ciencia y la cultura.

Hacia 1958 el gobierno nacional crea por el decreto-ley 1.291 el Consejo Nacional de Ciencia y Técnica -CONICET-, siguiendo los lineamientos que proponía la UNESCO, y que fueron adoptados en la postguerra inmediata por los países europeos.

Culminaba un proceso que se inicia cuando a fines de 1956, el capitán Francisco Manrique, en representación del gobierno, consulta a la Academia Nacional de Ciencias acerca de lo que debiera hacerse con la ciencia argentina, y con la ya existente Dirección Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas. El informe de la Academia es seguido por un anteproyecto de ley -también elaborado por la Academia-, en el que se propone crear una institución descentralizada, destinada a promover la investigación científica y tecnológica.

El primer directorio está formado por el interventor normalizador del CONICET, y posteriormente miembro de su directorio Félix González Bonorino -profesor de la Facultad de Ciencias Exactas de la UBA-, Fidel Alsina Forte, Eduardo Braun Menéndez, Humberto Ciancaglini, Eduardo De Robertis, Venencio Deulofeu, Rolando García, Bernardo Houssay, Luis F. Leloir, Lorenzo Parodi, Ignacio Pirotsky, Alberto Sagastume Berra y Alberto Zanetta. Se le agregan un representante de las fuerzas armadas, el contraalmirante Helio López, y el director nacional de Cultura, Julio C. Gancedo.

Houssay es elegido su primer presidente. Desde allí culmina su obra en pos de una ciencia argentina, con los mismos principios que expusiera hasta el cansancio en todos los foros públicos que estuvieran a su alcance a fin de superar -en sus palabras- una de las causas del desarrollo científico insuficiente, la ignorancia. En sus palabras: “la falta

³Houssay, Bernardo. “La investigación científica”. Conferencia en la inauguración de cursos de la Universidad Nacional de Cuyo el 19 de abril de 1942. Revista del Centro de Estudiantes de Farmacia y Bioquímica, 32, No 5-6, 145-169, 1942.

de suficiente tradición y cultura científica explica la considerable ignorancia del pueblo, sus gobernantes y aun de las clases cultas acerca de lo que es la ciencia, cuáles son sus fines y cuál es su importancia como factor de elevación espiritual y como una de las fuentes principales del bienestar y la riqueza de un país moderno. Muchos creen que la ciencia y la filosofía son actividades meramente decorativas”.⁴

Cuando crea la Carrera del Investigador Científico en el CONICET, a semejanza de la instituida en Francia, establece el instrumento por el cual se formará gran parte de la comunidad científica argentina, la que pasa de pocos miembros, a una masa crítica que permite al país intervenir con posibilidades en diversos campos del conocimiento.⁵

Hay quienes sostienen que éste es el mayor de sus méritos, y que su enfoque de la ciencia no conducía a que las investigaciones se plasmaran en el desarrollo del país; quizás porque aunque sostuviera que era indispensable aplicarla, y promover a partir de ella una tecnología propia, dejaba el proceso demasiado librado a la lógica espontánea de la investigación, pensando que eran una consecuencia inevitable de la ciencia básica. Una impronta que marcó profundamente el accionar del CONICET. Houssay poseyó -no hay dudas sobre ello- una enorme claridad acerca de la repercusión de la ciencia en el bienestar, la salud y la cultura, sin esto se acompañara de una percepción igualmente clara de la necesidad de una acción deliberada a fin de que el conocimiento básico se transforme en bienes y servicios.

Es probable que el escaso requerimiento de la comunidad científica por parte del sistema productivo argentino no fuera entera responsabilidad de esa manera de concebir la actividad científica, puesto que el desarrollo de ese entonces era liderado por las empresas transnacionales, que implantaban en el país a sus filiales, proveyéndolas de la ciencia y la tecnología necesarias, sin recurrir a los científicos argentinos.

Sin embargo, casi contemporáneamente a la creación del CONICET, otras voces alertaban que sin una planificación del desarrollo científico y tecnológico, la ciencia argentina no iba a fructificar. Oscar Varsavsky, Jorge Sábado, Amilcar Herrera fueron figuras que proponían una vigorosa acción del estado para orientar las investigaciones hacia fines definidos y creían que la investigación básica no llevaba de por sí a las aplicaciones o a la tecnología, criticando al mismo tiempo el tipo de desarrollo económico-social en curso. Sus diferencias con Houssay no pasaban por excluir la excelencia de los criterios para evaluar la ciencia -ya que lo compartían ampliamente-

⁴Conferencia leída el 26 de octubre de 1954 en el Simposio “Libertad responsable en América” organizado por la Universidad de Columbia. En: *Responsible Freedom in the Americas*, Bicentennial Conference Series, 142-156. Columbia University Series.

⁵Houssay, Bernardo. “Misión y responsabilidad del investigador científico”. Conferencia de Clausura de la Tercera Reunión Conjunta de Comisiones Asesoras y Regionales del CONICET. Córdoba, 9 de abril de 1961.. En: Foliar y Deulofeu (eds.) **Bernardo A. Houssay**, p. 247-255.

“La carrera del investigador científico”. Conferencia de Clausura de la Cuarta Reunión Conjunta de Comisiones Asesoras y Regionales del CONICET. Buenos Aires, 9 de mayo de 1964. Archivo del Museo “Bernardo A. Houssay”.

sino por cómo orientar la investigación para que satisficiera necesidades de nuestra sociedad.

Junto con otros autores fueron los máximos exponentes del Pensamiento Argentino sobre Ciencia, Tecnología y Sociedad, como se denomina en los estudios sociales de la ciencia a quienes propusieron en los sesentas y setentas un desarrollo científico y tecnológico con amplios márgenes de autonomía con respecto a los países centrales.⁶

Incluso dentro del CONICET se oían esas voces. Su vice-presidente, Dr. Rolando García, exponía la necesidad de investigar ciencia básica, pero también tecnología; en sus reclamos era acompañado en ocasiones, sorprendentemente, por el Dr. Eduardo Braun Menéndez, discípulo y compañero de Houssay, quien en 1959 dio muestras de su espíritu modernizante cuando apoya la compra en la Facultad de Ciencias Exactas de una cara computadora Mercury, la más avanzada de su época. Asimismo, en las discusiones acerca de la instalación de universidades privadas en nuestro medio -que dieron lugar a multitudinarias movilizaciones en su contra-, Braun Men presenta un proyecto para que éstas tuvieran un fuerte acento en la investigación científica. Su moción fue derrotada por la de monseñor Derisi -quizás una forma del gobierno de pagar apoyos políticos-, que dieron lugar a universidades privadas profesionalistas y confesionales. El modelo triunfante se continúa hasta nuestros días incluso en la universidades laicas, que prefieren formar profesionales, y no investigadores.⁷

También lo acompañaba el Dr. Félix González Bonorino cuando protesta por el escaso presupuesto que solicitó Houssay -apenas treinta millones de pesos de la época, menor que el de la Facultad de Ciencias Exactas de la Universidad de Buenos Aires-, a fin de que el CONICET haga algo más que otorgar becas y subsidios, sino que planifique e impulse la actividad científica y tecnológica, ligando la investigación básica con la aplicada y tecnológica, para que la producción llegue a niveles competitivos. Triunfa la posición de Houssay, quien se niega a cualquier planificación de la ciencia -pensando que equivalía a sovietizarla-, y propone que sean los científicos individuales los que propongan proyectos y soliciten fondos.

La historia no dio demasiadas oportunidades a quienes pensaban en una ciencia y tecnología para el desarrollo del país. Golpes de estado y cambios en la percepción de

⁶Véase: Dagnino, Renato; Thomas, Hernán; Davyt, Amilcar. “El pensamiento latinoamericano en ciencia, tecnología y sociedad”. En: *Redes*, número 7, vol. 3, septiembre de 1996. Universidad de Quilmes. pp 13-53.

Varsavsky, Oscar. *Obras escogidas*. Centro Editor de América Latina. Bs.As. 1983.

Sábado, Jorge. *El pensamiento latinoamericano en la problemática ciencia-tecnología-desarrollo-dependencia*. Paidós. Bs. As. 1975.

⁷Babini, D.; Casaley, M.; Hostia, E. “Recursos humanos en ciencia y tecnología. Formación de investigadores”. En: Hostia, Enrique (comp.) *La política de investigación científica y tecnológica argentina. Historia y perspectivas*. Centro Editor de América Latina. Bs. As. 1992. p. 288.

las relaciones entre los países desarrollados y periferia -como el abandono de la “teoría de la dependencia”-, lo impidieron o lo hicieron parcialmente desactualizado.

Esos mismos vaivenes políticos y sociales -con sus severas inestabilidades- quizás indujeron a que en la comunidad científica continuara predominando una visión de la ciencia de raigambre housseriana que privilegia a la investigación básica, menos comprometida que la aplicada o la tecnológica, las que necesitan interrogarse acerca de sus fines sociales. El CONICET fue un fiel reflejo de esta circunstancia. La investigación tecnológica no fue promovida particularmente, y quienes se dedicaban a ella, no acumulaban méritos en la carrera académica, una “política científica implícita” que los hacía desinteresarse finalmente de la tecnología.⁸

Su evolución posterior -producto de las políticas implícitas de distintos gobiernos, y acentuadas notablemente en los de índole militar- fue en detrimento de puntos esenciales del pensamiento de Houssay.

El número de Institutos que dependían de esa institución, que eran sólo tres en el momento de su muerte en 1971, llegaron a ser 113 en 1983, cuando se instala el gobierno democrático, y empleaban la casi totalidad de recursos para edificación, o de adquisiciones en el exterior del CONICET, reuniendo el 40 % de sus investigadores, el 66 % del personal de apoyo, y a la mitad de sus becarios.

Las implicancias de estos cambios fueron profundas.

Desde el punto de vista estrictamente formal, extendía las funciones del CONICET desde las de *promoción* científica y tecnológica -realizadas a través de la Carrera del Investigador Científico, subsidios y becas-, a las de *ejecución* de ciencia y tecnología,

Los Institutos, por sus recursos económicos, de personal, y de becas, se constituyeron en centros casi autónomos de poder científico, puesto que sus directores decidían acerca de la incorporación y promoción del personal. La transparencia del primer tiempo, con Houssay y el staff de investigadores más notables reunidos en el directorio y en las comisiones asesoras de las distintas disciplinas supervisando personalmente la evolución científica de cada uno de sus miembros, dejó su lugar a una cierta opacidad, pues el gran número de los institutos y su dispersión dificultaba un efectivo control científico -y administrativo-.⁹ Era plenamente justificado el calificativo de “archipiélago” -por lo disperso e inconexo- con el que se pudo definir al sistema de ciencia y tecnología.

⁸En fecha muy reciente, el Dr. Alberto Casado nos recordaba que todavía hoy el CONICET no promueve la investigación tecnológica, ni crea los mecanismos institucionales para su reconocimiento en un pie de igualdad con la básica. Véase: Casado, Alberto. “¿Puede concebirse un CONICET que también produzca tecnología?” En: *I + D Investigación y Tecnológica*. Año 1. No 3. Diciembre de 1995. p. 32-36.

⁹Aunque quienes historian el proceso, hacen incapié en que la multiplicidad de institutos pequeños facilitaba a los militares su control *político*. Oteiza, E. op. cit.

Incidieron varios factores para que así sucediera. Por una parte, los gobiernos que a su través podían ejecutar sus intereses científicos y políticos con escaso escrutinio público por parte del conjunto de la comunidad científica. Desde el punto de vista de los científicos, al asentar sus investigaciones en los institutos -y no en las universidades- adquirirían cuotas de autonomía, y accedían a espacios de tranquilidad, en un contexto de agitación e inquietud generalizada, alejándose de la docencia -otro de los pilares del pensamiento de Houssay-.

Pese a que la Carrera del Investigador Científico y Tecnológico junto con el programa de becas -su gran aporte- continuara siendo el mecanismo por medio del cual la comunidad científica garantizaba su continuidad y su reproducción, las distorsiones que introdujeron los gobiernos militares, hizo que se inclinara la balanza hacia sus miembros más proclives al autoritarismo, los que impusieron sus intereses y dieron cabida a sus preferencias y animadversiones en las evaluaciones, incorporaciones y promociones de investigadores. El criterio no fue sólo la excelencia científica -que no estaba excluída- sino también la pertenencia a grupos determinados, fueran políticos o de cofradías.

Probablemente de las críticas de antaño, y de la evolución anómala del sistema de ciencia y tecnología que reseñamos provengan lo que ahora se perciben como sus asignaturas pendientes: una planificación consensuada según prioridades de desarrollo económico y social, una mayor incidencia en los procesos productivos -en una coyuntura histórica que lo vuelve ineludible-, y una mayor integración con el sistema universitario.

De su solución depende realizar, de otra manera, en otras circunstancias y aún separándose de él, el sueño de un país con un amplio desarrollo científico, tecnológico, cultural y productivo que Houssay expresara reiteradamente